

VIDA Y OBRA
DE UN DISIDENTE

El escritor de Concord sentía una profunda desafección por la política, seguramente consecuencia de la corrupción y las incumplidas promesas presidenciales

La filosofía salvaje de Henry David Thoreau

RUBÉN
HERNÁNDEZ

Investigador en el campo de la Teoría del Cine y la Estética Filmica.
Editor de Errata Naturae

A Thoreau me gusta imaginarlo en el centro exacto de la laguna de Walden, sentado en su bote, horas después de la medianoche, invisible como el resto de criaturas, escuchando el tenue batir del agua contra la madera del casco, clac, clac, clac, pero atento al chirrido de un ave a la que no es capaz de dar nombre.

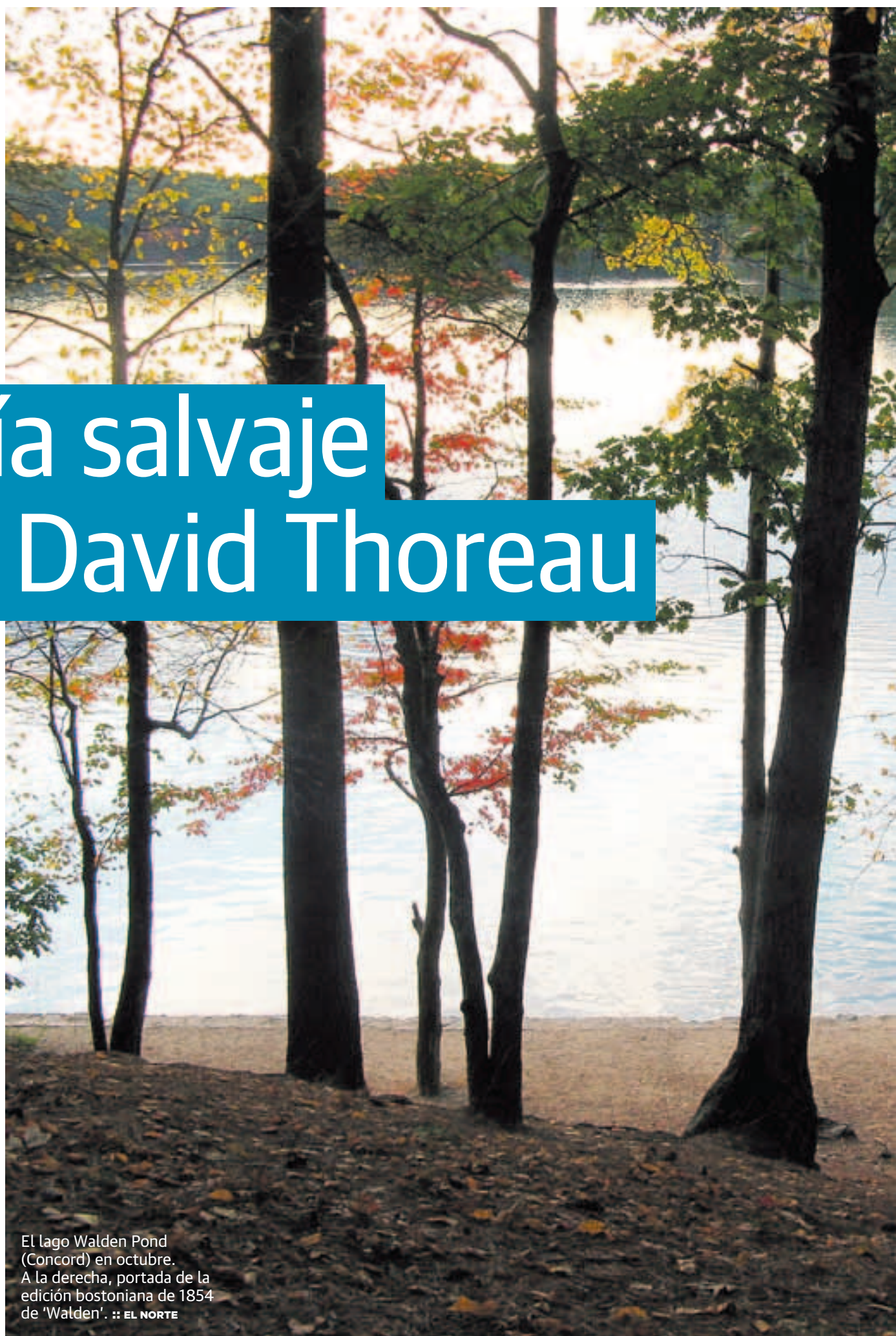
O bien siendo el primer hombre que defendió públicamente al capitán John Brown, criminal, forajido y gozne de la Historia, sin el cual quién sabe cuánto se habría tardado en abolir la esclavitud en Estados Unidos.

O bien en su lecho de muerte, cuando una visita le pregunta por su relación con Cristo y Thoreau le responde que le importa mucho más cualquier tormenta de nieve que el Hijo de Dios.

Sin embargo a Emerson, al maestro, al gran filósofo, al gurú y al padre de toda una generación de pensadores, escritores y poetas, me produce cierta pereza imaginarlo. Y es que aún cuando no podría haber Thoreau sin Emerson ni 'Walden' sin 'Nature', ¿quién quiere imaginar a Emerson? Emerson afeitado y repelinado, Thoreau barbu-

do y luciendo remolino; Emerson blanco como una servilleta de hilo, Thoreau pardo como un labriego; Emerson elegante a cualquier hora, Thoreau orgulloso de ser el primer hombre de Concord que vistió gruesos pantalones de pana; Emerson madrugando y aseándose en un aguamanil de porcelana, Thoreau madrugando y bañándose desnudo en el agua helada de la laguna; Emerson durante tanto tiempo pastor de la Iglesia Unitaria, Thoreau alejado siempre de todos los templos; Emerson postulando en sus escritos la autonomía individual y el propio juicio por encima de cualquier autoridad, Thoreau durmiendo en la cárcel por negarse a servir a un Estado cruel y asesino; Emerson recorriendo Europa para forjar su carrera como filósofo, Thoreau recorriendo los bosques para ser feliz; Emerson censurando un ensayo de Thoreau: donde ponía «copulación» la historia leyó «matrimonio», Thoreau ya había muerto para entonces, dejando dos últimas palabras: indio, alce.

Y a pesar de todo, Ralph Waldo Emerson fue un gran filósofo, y como todos los grandes filósofos, también dijo alguna tontería. Por ejemplo ésta, referida a Thoreau y escrita en el panegírico que publicó tres días después de la muerte de su discípulo: «No tuvo tentaciones contra las que luchar, ni apetitos, ni pasiones». Como si la tentación de vivir una vida a la espigada altura de sí mismo no fuera una pasión extrema, potencialmente demoledora, que



El lago Walden Pond (Concord) en octubre. A la derecha, portada de la edición bostoniana de 1854 de 'Walden'. :: EL NORTE

mantuvo a Thoreau siempre en guardia y en tensión para no ceder a la posibilidad de vivir una vida ajena, impropia, una vida que otros se habrían ocupado de pensar, pautar y cercar. Un tensión y una intensidad que podemos encontrar intacta en algunas de sus obras, como 'Walden' y 'Cartas a un buscador de sí mismo', o en la extraordinaria biografía escrita por Robert

¿Cómo debería vivir mi vida? Ésta fue la gran pregunta que Thoreau acechó, o por la que fue acechado, durante toda su existencia

Richardson: 'Thoreau. Biografía de un pensador salvaje'.

¿Cómo debería vivir mi vida? Ésta fue la gran pregunta que Thoreau acechó, o por la que fue acechado, durante toda su existencia. Una pregunta que, en ocasiones, orillaba también la cuestión política, por supuesto. Aunque no de la manera en la que quizás a veces, por mera inercia, podríamos pensar. Al fin y al

cabo, como el propio Thoreau admitía en una carta fechada en 1856, apenas unos años antes de su muerte, en general no hacía demasiado caso de la política. ¿Pero qué entendía Thoreau por 'política' cuando afirmaba de este modo su desinterés? Seguramente se refería a los grandes titulares de los periódicos, moribundos a las pocas horas, cuya lectura no recomen-



CARLOS AGANZO

blogs.elnortedecastilla.es/elavisador/

Cuando la vida es el poema

Aunque ya a finales del XIX Thoreau estaba considerado como uno de los padres indiscutibles de la literatura estadounidense, lo cierto es que el siglo XXI, con sus transformaciones y sus disrupciones, ha terminado por convertir al autor de 'La desobediencia civil' en un auténtico icono. Un icono no solo de la contestación del individuo frente al Estado, sino también de otros preceptos tan de nuestros días como la ecología, la no violencia o la defensa de los derechos civiles. Los iconos, sin embargo, con frecuencia resultan ser bastante menos interesantes que los hombres sobre los que se construyen. Y eso es lo que sucede con Thoreau.

Doscientos años después de su nacimiento, de la persona que fue en realidad Henry David Thoreau sabemos muchas cosas. Conocemos, por ejemplo, casos como el de su cambio de nombre (de David Henry a Henry David) al salir de la Universidad; como su negativa a pagar los cinco dólares que costaba el diploma de cuero de Maestría alegando aquello de: «Dejad que cada oveja mantenga su propio pellejo»; como su noche en la cárcel por no pagar impuestos en protesta por un Estado que permitía la esclavitud o la discriminación de las mujeres y que propiciaba la invasión de Texas o el exterminio de los indios («bajo un gobierno que encarcela injustamente –dijo antes de que su tía pagara la fianza–, el verdadero hogar para el hombre justo es la cárcel»); como su fabulosa estancia de dos años en la cabaña de Walden, o como las dos últimas palabras que pronunció antes de morir, a saber: «alce» e «indio», quizás el compendio minimalista de toda una vida en relación con los maravillosos bosques americanos... Pero también conocemos, gracias a sus diarios, una infinidad de sucesos mucho más sencillos; pequeños acontecimientos cotidianos que, contados por él mismo, terminan cobrando la fuerza de una gran biografía. Una vida marcada por el tesón, los principios éticos, los sueños y, sobre todo, el goce puro de existir; el deleite, no exento de episodios amargos, de quien declaró que su intención no era otra que la de «chupar toda la médula de la vida».

Cuando pudo, Thoreau lo hizo en primera persona, con sus inmersiones cotidianas en la naturaleza o sus grandes excursiones por Quebec, Cape Code y, sobre todo, Maine ('The Maine Woods').

Cuando no, a través de las lecturas de los otros pues, en la línea de los mejores, presumió siempre más de sus lecturas que de sus escritos. Nada del buen salvaje, sino más bien el hombre cultivado que estudió retórica, filosofía, matemáticas, ciencias, latín, griego, francés, alemán, español o italiano, y que eligió para su pensamiento el único espacio superior donde ponerlo a prueba: la naturaleza. Lecturas de los clásicos grecolatinos, pero también de Magallanes, de James Cook, del doctor Livingstone o de los exploradores del Ártico, en ese ideal suyo de «vivir en casa como un viajero». Un modelo de existencia que intentó primero inculcar a sus alumnos de la Concord Academy, un centro educativo que fundó con veintipocos años junto a su hermano John, y que quedó truncado por la prematura muerte de este. Y que después transmitió, a través de sus ensayos, sus diarios o sus poemas, a millones de lectores.

Y lo mismo que ocurrió con sus viajes sucedió también con su poesía. De hecho, lo más grande de su actitud literaria es el propio reconocimiento de la incapacidad de la palabra no solo para superar la grandeza del silencio, sino también para reemplazar al objeto mismo de la poesía: la vida en su inmensa palpitación. Una condición –la del pobre poeta que llega siempre tarde, que se queda siempre corto ante la magnificencia de la naturaleza– que Thoreau deja bien patente en su emocionante escritura poética. «En medio de tanta riqueza sin límites –escribe–/ aún estoy solo y pobre por dentro. / Los pájaros han cantado ya su estío, / pero mi primavera aún no ha empezado».

Al fin del fin, lo que ocurre con Thoreau es que su vida fue profundamente poética pero, ante todo y sobre todo, que su mejor poema terminó siendo su propia vida. Así lo dice él mismo en estos cuatro versos reveladores, que bien podrían ser su epitafio: «Mi vida ha sido el poema. / Lo he escrito. / Pero no podría vivir por los dos / y pronunciarlo».

Lo más grande de su actitud es reconocer la incapacidad de la palabra para superar la grandeza del silencio

ba a todos aquellos que apreciaran su tiempo y sospecharan algo sobre el valor irremplazable de la existencia; o a los correteos y comparsas de Washington, y a su avejentada interpretación de la democracia, aún siendo ésta allí tan escandalosamente joven; o a las campañas, las promesas, los votos, los fraudes, las decepciones y las nuevas campañas, como la rueda destruc-

tora del dios Taranis. De hecho, Thoreau, como muchos de sus contemporáneos de mediados del S. XIX en Estados Unidos, sentía una profunda desafección por esa política y sus políticos, seguramente como consecuencia de la rápida extensión de la corrupción en las novísimas instituciones gubernamentales y de las sucesivas e incumplidas promesas

